

En el recuerdo.

Rosa Rodero se abraza a una fotografía de su marido.
IGNACIO PÉREZ



«Hablo con la foto de Joseba. Nos lo quitaron en lo mejor de la vida»

30 aniversario. Rosa Rodero recuerda a su marido, Joseba Goikoetxea, el sargento mayor de la Ertzaintza asesinado por ETA



JESÚS J. HERNÁNDEZ

hacer, le dije que podía irse, que yo siempre estaría junto a los niños y que él estaría siempre a mi lado. Y así fue».

El asesinato de Goikoetxea marcó un punto de inflexión. Habían muerto anteriormente otros ertzainas en tiroteos o explosiones, pero en este caso «fueron a por él». Lo confirma Jon Ziarsolo, uno de sus compañeros –quiere presentarse así, aunque ha tenido importantes responsabilidades en la Ertzaintza–. Pasó muchos años a sus órdenes en Ekinntza, una clave de

radio que identificaba a la primigenia unidad de investigación de la Policía autonómica, que empezó persiguiendo redes de droga y que acabó dedicada a luchar contra ETA bajo el mando de Goikoetxea. Cuando le mataron, estaba considerado el «número uno» de la lucha antiterrorista en la Policía vasca. Ziarsolo lo explica gráficamente: «Todos sabíamos que irían a por nosotros y que Joseba sería el primero. Se lo decíamos a él».

En los primeros años, Goi-

koetxea sentía aún esa vaga protección que ofrece haber compartido el comienzo del camino, aunque sea algo remoto. Con apenas veinte años, en plena dictadura, fue condenado a tres años de cárcel por repartir propaganda del PNV, un partido al que se afilió con 14 y al que estuvo fuertemente vinculado toda su vida. «Recogía la información en una imprenta en Francia y la repartía por las librerías vascas. Tuvo que irse a navegar un año cuando supo que la Policía franquista le buscaba. Al final le cogieron y sufrió malos tratos, pero no contó dónde estaba el local con la propaganda», explica Rosa Rodero. «Él entró al partido con su primo, que acabó metido en ETA y murió en un enfrentamiento con la Guardia Civil en Pamplona. Conocía a algunos de la primera ETA, de cuando era un chaval, pero cuando le mataron ya había otros».

Su asesinato fue un mazazo para la Ertzaintza y para el PNV –era parte del cogollo del partido y muy amigo de Gorka Aguirre, Xabier Arzalluz o Ajuriaaguerra, entre otros–. En Ekinntza se quedaron rotos. «No sólo porque era muy buen jefe, un líder nato, muy querido y bonachón. También porque, al ser el primer ataque planificado, nos cambió la vida a todos. De un día para otro no teníamos coche, no teníamos casa, no teníamos nombre porque se miraban mucho los registros en aquella época. Tuvimos que hacernos invisibles. Dejamos toda la vida social y cualquier rutina», rememora Ziarsolo.

Nunca lo dijo, pero todo apunta a que Goikoetxea vio algunas señales de alarma. «A mí no me lo contaba pero aquel último verano fue muy raro. Joseba me decía que

LAS CLAVES**HISTORIA FAMILIAR**

«Con 3 años, Leire me dijo que no quería rezar por aita porque no venía a verla. Tuve que contárselo»

MARCÓ UN NUEVO TIEMPO

El asesinato de Goikoetxea fue un punto de inflexión. ETA iba a por la Ertzaintza y también a por abertzales

no me preocupara si veía compañeros suyos cerca de casa, que no les saludara. Un día que fue al monte con mi padre regresó y me di cuenta que venía para coger su arma, que nunca la llevaba. Pero él nunca me dijo nada. Siempre me decía que no se puede vivir con miedo», narra Rodero. «Salía siempre solo con el coche del garaje, sin nosotros, porque decía que era el punto ciego de nuestra casa», recuerda. «En su trabajo siempre quiso firmar él todos los papeles o ir a los juicios. Que no pudieran identificar a los suyos, protegerles».

Saberlo en el colegio

Echa la vista atrás Rosa Rodero tres décadas después y se lamenta de un futuro robado por el terrorismo. «Cuando le mataron tenía 42 años. Habíamos tenido a la pequeña, (Leire) que tenía 18 meses. Era el mejor momento de nuestra vida», se duele. Casados ambos en segundas nupcias, la pareja vivía con los dos hijos de Rodero de un matrimonio anterior, que «eran como sus hijos y le llamaban aita desde el comienzo». A todos les marcó. «Ahora tengo mucha tristeza porque este debería ser el momento en que podríamos estar disfrutando. Se han marchado los hijos y estoy sola. Estaríamos los dos jubilados. Pero hay que seguir adelante y en eso estamos».

Su hija suele ver los vídeos que él grababa en verano y los álbumes de fotos de su aita. «Ella lo supo con 3 años. En casa solíamos rezar a las noches antes de acostarnos. Pedíamos por el aiti-te, por la amama, por aita... Y un día Leire me dijo: «Yo por aita no quiero pedir porque no viene a verme». Y ese día le conté que había muerto, que no podía venir porque estaba en el cielo, pero que le quería mucho». Con cinco o seis años supo en el cole que había sido asesinado «porque se lo dijo una niña de otro curso a la que se lo había contado su padre, que era ertzaina». En casa recuerdan constantemente sus anécdotas.

Cuenta su historia Rosa aferrada a una foto de Joseba que tiene siempre cerca. «Esta imagen la vi por primera vez, poco después de morir, volviendo de un acto de homenaje en Gernika, en un cartel gigante. Me signé. Es la foto con la que hablo, en la que le veo sonreírme y, aunque suene un poco a locura, creo que me tranquiliza con el gesto».